

Celebrar el futuro, venerar la Monarquía. El nacimiento del heredero y el punto de fuga ceremonial de la monarquía isabelina (1857-1858)*

David San Narciso Martín¹
Universidad Complutense de Madrid
davsanna@ucm.es

RESUMEN: *La Monarquía tuvo un papel esencial en el siglo XIX, adaptándose a las nuevas circunstancias políticas, social y culturales que el liberalismo fue planteando. De esta forma, participó directamente en la conformación de las identidades políticas y culturales. Este artículo propone incorporar el estudio de la institución monárquica en una interpretación sociopolítica y cultural que enfatiza el juego entre su poder político y simbólico, respondiendo a su plasticidad y capacidad de supervivencia. Para ello, introduce el estudio de las ceremonias como un espacio privilegiado para analizar sus discursos y representaciones, así como sus fuentes de legitimidad, su recepción popular y su interiorización. Desde esta perspectiva se analizan las cesuras ceremoniales que trajeron el nacimiento del príncipe Alfonso en 1857: la presentación y el bautizo del recién nacido, la salida pública a la Basílica de Atocha y la confirmación en Covadonga. Utilizando estos momentos, analizamos el desarrollo ceremonial, los discursos generados en torno al evento y las respuestas sociales que dichos*

* Este artículo se integra dentro del proyecto de investigación I+D «Corte, Monarquía y Nación Liberal (1833-1885)» (HAR2015-66532-P) financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad. Se inscribe en el programa de Personal Investigador en Formación de la Universidad Complutense de Madrid - Banco Santander (CT27/16-CT28/16). Agradezco sus comentarios y apoyo a Isabel Burdiel y Raquel Sánchez. Siglas utilizadas: Archivo General de la Administración, Presidencia del Gobierno (AGA GOB); Archivo General de Palacio, Sec. Capilla Real (AGP CR); Archivo General de Palacio, Sec. Histórica (AGP HIS); Archivo General de Palacio, Sec. Reinados, Fondo Isabel II (AGP RR ISII). Archivo Histórico Nacional, Diversos, Títulos y Familias (AHN DTF). Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Asuntos Exteriores (AHN EXT). Archivo de la Villa de Madrid (AVM); Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid (RB).

¹ ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0001-7524-5035>.

eventos suscitaron, imbricando el nacimiento del heredero a la Corona española dentro de la elaboración de la identidad nacional y de género.

PALABRAS CLAVE: Monarquía; Siglo XIX; Ritual Político; Nacionalismo; Género.

Celebrate the Future and Revere the Monarchy. The Heir's Birth and the Ceremonial Vanishing Point of the Isabelline Monarchy (1857-1858)

ABSTRACT: *The monarchy had a capital role in the 19th Century, adapting to the new political, social and cultural circumstances that liberalism was considering. In this way, it was directly involved in the formation of political and cultural identities. This article proposes to incorporate the study of the Crown in a socio-political and cultural interpretation that emphasizes the game between their political and symbolic power, responding to their capacity for survival and plasticity. To do this, we study the ceremonies as a privileged space to analyse their speeches and performances, as well as its sources of legitimacy, popular acceptance and internalization. This perspective is used to study the ceremonies that brought the birth of Prince Alfonso in 1857: his presentation and the christening, the public exit to the Basilica of Atocha and his confirmation in Covadonga. Using these moments, we analyse the ceremonial development, the speeches generated around the event and social responses, declare the birth of the heir to the Spanish Crown in the elaboration of national identity and gender.*

KEY WORDS: Monarchy; XIX Century; Political Rituals; Nationalism; Gender.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO/CITATION: San Narciso Martín, David, «Celebrar el futuro, venerar la Monarquía. El nacimiento del heredero y el punto de fuga ceremonial de la monarquía isabelina (1857-1858)», *Hispania*, 77/255 (Madrid, 2017): 185-215. doi: 10.3989/hispania.2017.007.

El 28 de noviembre de 1857 nacía en el Palacio Real de Madrid el príncipe Alfonso después de la muerte sucesiva de los tres hijos de la reina Isabel II nacidos desde 1854. Si bien un nacimiento es un acto de gran relevancia para las familias donde se produce, si éste tiene lugar dentro de una familia que encarna a la institución más alta del Estado y que funda su legitimidad y privilegios en la continuidad histórica a través de la herencia y el nacimiento, este evento adquiere unos tintes políticos, sociales y culturales de suma relevancia². A esta importancia cabe añadir el componente del sexo del recién nacido para una institución donde, como sucedía en España, el nacimiento de un varón desplazaba en la línea de sucesión a la Corona a sus hermanas ma-

² MÜLLER y MEHRKENS, 2015.

yores. Todo ello adquiere mayor significación si contextualizamos el nacimiento del príncipe Alfonso dentro de la situación personal de Isabel II y la institución monárquica que ella encarnaba. A la altura de los años 50 del siglo XIX, el capital simbólico con el que la reina había comenzado su vida estaba seriamente esquilmo. La intervención en la vida política fue tal que el Parlamento acabó desnaturalizado por la práctica, convirtiendo a la reina en el árbitro final de las situaciones. La tensión entre la Corona y el Parlamento parecía que iba decantándose por el primero, emprendiendo Isabel una política personal, en cierto sentido bastante reaccionaria y antiliberal, que haría a las fuerzas liberales unirse por la salvaguarda del régimen político. En 1854, con la revolución de Vicálvaro, Isabel II no cayó pero sí sintió bajo sus pies tambalearse el trono de España. Sobrevivió así la forma monárquica con una titular amplia y públicamente denostada, bastante alejada tanto de los ideales burgueses que de forma paulatina iban instalándose en la sociedad como de las formas reaccionarias, procedentes del Antiguo Régimen, donde la moral cristiana regía los comportamientos públicos y privados. En un momento de franca deslegitimación política y simbólica, de conformación de los roles de género y de cada vez más intensa labor nacionalizadora, el nacimiento de un heredero varón para el trono de España supera el mero carácter *événementiel* para instalarse en el dominio de la historia cultural de la política.

Es en este punto donde entran en juego las ceremonias al erigirse como escenario de representación de una serie de discursos asociados a una Monarquía cada vez más consciente de la fragilidad de su permanencia en las instituciones del Estado. Así, podemos perfectamente entender las ceremonias isabelinas como la puesta en escena pública de una Monarquía ávida y necesitada de una refundación de su legitimidad histórica inherente. Las ceremonias pueden definirse como una radiografía en un doble movimiento —espacial y temporal— de la sociedad, de sus valores, de sus tropos, de su historia, de sus lugares de memoria... En ese sentido, la reina Isabel —plenamente consciente de la inestabilidad de su Corona— representó el espectáculo del poder ante el auditorio de la nación. Y es que, más allá del componente puramente estético de estos acontecimientos y sin infravalorarlo, el estudio de las ceremonias de la Monarquía en el siglo XIX permite entrever los discursos generados en torno a la Corona, los mecanismos de legitimación de su poder. Estas fiestas permiten descender de la pura y abstracta teoría sobre la institución monárquica hacia la práctica cotidiana del poder, al contacto directo —visual, emotivo, sonoro, simbólico...— con el común de la gente. Pues no olvidemos que, además de los clásicos valores de estabilidad y continuidad asociados a la institución monárquica, uno de sus atractivos era que permitía encarnar, personificar, conceptos tan abstractos como el Estado o la nación haciéndolos aprehensibles e inteligibles. De esta forma, el análisis de las ceremonias monárquicas se inscribe dentro del contexto de renovación de los estudios sobre

la Corona³. Unas investigaciones que han abandonado la visión de la historia política «desde arriba» para proponer interpretaciones sociopolíticas y culturales «desde abajo» sobre una institución central para el liberalismo decimonónico.

La literatura académica sobre la «performing monarchy» —es decir, una Monarquía escénica o ceremonial— ha ido incrementando desde los años ochenta del siglo XX⁴. Fue entonces cuando se publicaron las primeras obras que estudiaban el papel de las ceremonias dentro de las Monarquías del siglo XIX con una verdadera profundidad analítica. En 1983, el inglés David Cannadine analizó la Monarquía inglesa desde la óptica del estudio de la invención de la tradición⁵. Así, defendió que entre 1870 y 1914 la Corona británica, con la reina Victoria a su cabeza, utilizó o inventó distintas ceremonias con el objetivo de popularizar la institución. En el mismo año, Françoise Waquet propuso analizar las ceremonias de la Restauración francesa en una intensa relación dialéctica entre lo nuevo y lo viejo en un momento complejo donde la tradición se «restauró» tras 20 años de turbulencias revolucionarias⁶. A partir de estos dos estudios se han propuesto distintos análisis que toman las ceremonias como escenario de la representación del poder en un siglo XIX oscilante. Uno de los más sugerentes es el propuesto por Daniel Unowski para el caso de Austria, centrando su análisis en el fenómeno de la nacionalización⁷. De esta forma, propone interpretar la adaptación y la participación de la Monarquía en un proceso identitario desarrollado en el siglo XIX como el nacionalismo. Defiende, así, que el emperador Francisco José representó un patriotismo supranacional que convivió, con alguna que otra tensión no menor, con diversos movimientos nacionalistas culturales. En esa línea, Catherine Brice ha subrayado tanto la centralidad de la Corona como la importancia de las ceremonias monárquicas en el proceso de nacionalización italiano⁸. Desde otro punto de vista igualmente interesante, Matthew Truesdell ha analizado la utilización por parte de Napoleón III de las ceremonias monárquicas como un mecanismo de legitimación popular del poder personal. Así, estas fiestas supondrían la puesta en escena de un plebiscito popular en el que el autor introduce el estudio del tan complicado fenómeno de la recepción de dichos acontecimientos⁹. Aunque este tipo de aproximaciones constituyen un objeto de estudio más o menos sólido en la historiografía europea, cabe destacar en el caso español la notable ausencia de investigaciones que sobrepasen

³ MILLÁN y ROMEO, 2008; LA PARRA, 2011; FERNÁNDEZ y GUTIÉRREZ, 2014; GARCÍA MONERRIS y GARCÍA MONERRIS, 2015.

⁴ Un estado de la cuestión en SAN NARCISO, 2014.

⁵ WAQUET, 1983.

⁶ CANNADINE, 1983.

⁷ UNOWSKY, 2005.

⁸ BRICE, 2010.

⁹ TRUESDELL, 1997.

la dimensión estética y artística de las ceremonias monárquicas¹⁰. Uno de los pocos ejemplos que han integrado el análisis de las fiestas monárquicas dentro de la historia cultural es el trabajo de Jorge Luengo para los primeros años de la Monarquía de Isabel II. Utilizando una perspectiva metodológica antropológica y sociológica muy sugerente, ha demostrado que las celebraciones monárquicas se reinventaron en los años 30 reflejando los cambios estructurales acontecidos en la sociedad española con el liberalismo¹¹. Fuera de este estudio, no encontramos análisis históricos que profundicen en las ceremonias de la Monarquía y en el papel que tuvieron en el nuevo marco político, social y cultural del siglo XIX. Este artículo constituye una aproximación al análisis de sus representaciones y discursos a partir de tres cesuras ceremoniales.

EL NACIMIENTO DEL HEREDERO O LA NACIÓN PERPETUADA

En 1856, el Bienio Progresista quedaba clausurado con la sustitución en la presidencia del Gobierno del general O'Donnell por Narváez como consecuencia, fundamentalmente, de sus discrepancias con la reina en relación a la desamortización de los bienes eclesiásticos¹². A pesar de esta llamada, éste hubo de ser rápidamente relevado por las diferencias internas del gabinete y en las filas moderadas. Atrás quedaban los días donde las fuerzas vivas del moderantismo se agrupaban bajo la dirección del espadón de Loja, seña de las fuertes tensiones internas del conservadurismo tras un largo periodo de gobierno¹³. Así, la coyuntura de 1857 muestra la importante descomposición de los «partidos» tradicionales, la autonomía política del monarca y la ingobernabilidad de la situación por falta de cohesión interna en los partidos, fuerzas que provocarían el final del reinado isabelino¹⁴. Todo ello se observa contextualizando el embarazo y parto de la reina durante el Bienio Moderado (1856-1858), un periodo bisagra hacia la fórmula de la Unión Liberal con un estado de ingobernabilidad extremo.

El relevo se intuía complicado, máxime si consideramos el carácter personalista, fuertemente excluyente, que caracterizó estos gérmenes de partidos políticos. Ante esta incertidumbre, la camarilla del rey maniobró para otorgar el gobierno a la «liga blanca» de neocatólicos cortesanos en su intento de retroceso político a los años previos a la revolución del 54. Se establecería así

¹⁰ Un análisis reciente en REYERO, 2015.

¹¹ LUENGO, 2013.

¹² LA PARRA, 2004: 197-212.

¹³ Un análisis de las tendencias del partido moderado en CÁNOVAS, 1982: 177-246.

¹⁴ BURDIEL, 2010: 538-544.

un gabinete fuerte que desacreditaría la posición de la reina y del sistema constitucional en un momento en el que la conjura fusionista, auspiciada por el rey, esperaba impaciente el devenir del parto. La situación era tan compleja y la confusión en la reina fue tal que, en un intento desesperado por encontrar un centro de autoridad que aglutinase al moderantismo, se planteó la posibilidad de un gobierno personal amparado en un prestigio utópico entonces¹⁵. Después de tres semanas intensas buscando una solución, la reina llamó a Francisco Armero para formar un gobierno netamente liberal que sirviese de puente hacia un gobierno presidido por el general O'Donnell, quien en última instancia comenzaba a dominar la situación¹⁶. En este contexto, el inminente parto de la reina adquirió gran importancia, siendo conocido popularmente el nuevo gobierno como el «ministerio comadrón» pues «su misión está reducida a asistir al parto de la Reina, y una vez cumplido, tendrá que retirarse»¹⁷.

Las disposiciones ceremoniales a seguir quedaron fijadas con anterioridad, regulando el desarrollo ceremonial y la lista de personalidades que debían asistir al nacimiento y presentación del niño¹⁸. Tras los primeros síntomas, la mayordomía de palacio —órgano que gestionó el proceso— convocó a los más de 150 cargos institucionales, representantes políticos o personalidades concretas que debían asistir a la ceremonia de presentación¹⁹. Esta ceremonia estaba íntimamente ligada al reconocimiento del rey de la paternidad y, por ende, de la legitimidad del hijo que presentaba. De esta forma, y en la circunstancia concreta del matrimonio real, esta ceremonia traspasaba la mera ritualidad para entrar dentro del terreno de lo político, constituyendo un mecanismo de poder que el rey no desaprovechó. Ya en 1854 —con el nacimiento de la infanta Cristina— el rey utilizó este arma política negándose «a traer

¹⁵ Un proyecto, este de gobierno personal, en sintonía con los monarcas europeos. SAN-TIRSO, 2012: 149-170.

¹⁶ Además de Armero -militar vicalvarista-, entró en Fomento Pedro de Salvallería, antiguo ministro de O'Donnell. Este Gobierno estuvo integrado igualmente por el ala centrista del moderantismo con figuras como Francisco Martínez de la Rosa o Alejandro Mon.

¹⁷ AHN, DTF, Leg. 3436/211, Doc. 20. Eugenio de Aviraneta a Antonio Rubio.

¹⁸ AGP RR ISII, Caj. 8653, Exp. 203.

¹⁹ Estos eran: los ministros, los jefes de Palacio, una diputación del Congreso y del Senado, comisionados de Asturias, una comisión de dos individuos por la Diputación de Grandeza, los Capitanes Generales del Ejército y de la Armada, los Caballeros de la Orden del Toisón de Oro, una comisión de dos individuos de cada una de las Reales Órdenes de Carlos III e Isabel la Católica, los Presidentes de los Tribunales Supremos, el Vicepresidente del Consejo Real, una comisión de dos individuos del Tribunal de la Rota, los individuos del extinguido Consejo de Estado, el Arzobispo de Toledo, el confesor de la Reina, el Patriarca de las Indias, los antiguos embajadores, el Capitán General de Castilla la Nueva, el Gobernador de la provincia de Madrid, el Alcalde-Corregidor de Madrid, una comisión de dos concejales del Ayuntamiento, el Director General de la Armada, una comisión del Cuerpo colegiado de la Nobleza y el cuerpo diplomático extranjero. Un análisis en la Edad Moderna en MARÍAS, 2004: 109-141.

la bandeja» durante la presentación, dando a entender que no reconocía a la infanta²⁰. Ya fuera como protesta por los alardes del favorito de la reina, o como intento de influir en el ánimo —y bolsillo— de la reina, no podían volverse a correr riesgos. Máxime si consideramos los rumores imperantes que atribuían la paternidad del embarazo a Enrique Puigmoltó, nuevo favorito de la reina envuelto en un halo romántico de duelos cortesanos²¹. Por ello, la reina envió a sor Patrocinio —una figura de mediación entre los cónyuges— a convencer al rey, mediante una compensación económica, que cumplierse sus compromisos ceremoniales²².

Una vez que el nacimiento se produjo comenzó la presentación: el mayordomo mayor anunció al presidente Armero el sexo del recién nacido, quien salió de la antecámara para anunciar a los presentes la noticia. Tras él apareció el rey con los duques de Montpensier y los jefes de palacio portando, esta vez sí, al niño sobre una bandeja de plata para que el presidente verificase la presentación. Paralelamente, se dispusieron todas las señas exteriores que hacían partícipe a la ciudad de Madrid de la noticia: veinticinco salvas fueron realizados desde tres puntos —Príncipe Pío, puerta de Bilbao y San Blas, desplazando los tradicionales lugares hacia la periferia— y la bandera nacional fue enarbolada en la punta de diamante, colocándose un farol rojo debajo²³. Seguidamente se notificó el nacimiento a las autoridades nacionales —gobernadores civiles y militares— e internacionales —delegaciones españolas en el extranjero y jefes de Estado²⁴, así como a la reina María Cristina, quien vivía en París desde su salida forzada tras la revolución del 54. La reina madre intentó regresar a España desde que conoció el embarazo de la reina, pero la reina Isabel —y veladamente con su silencio el rey Francisco— desaconsejaron el viaje arguyendo «las circunstancias» especiales del país. Una explicación imprecisa —duramente contestada— que escondía la incomodi-

²⁰ ANÓNIMO, 1854: 54.

²¹ Para un análisis del enfrentamiento en las habitaciones reales entre el rey y su jefe del cuarto militar -Juan Antonio de Urbiztondo- contra Narváez y su ayuda de campo -Joaquín Osorio- cuando el rey intentaba entrar en la cámara mientras la reina estaba con Puigmoltó, véase BURGO, 2008.

²² LLORCA, 1983: 172. El embajador francés Turgot escribe sobre un conflicto en palacio provocado por el nuevo embarazo de la reina que fue solucionado mediante «sumas considerables para el Rey, unos dicen que acordadas por la Reina y otros dicen que por el gobierno» (citado en BURDIEL, 2010: 525).

²³ Cabe analizar tanto el color como la simbología de la bandera en contraposición del sexo del recién nacido: frente a la de color blanco -asociada a la familia Borbón- se encuentra la bandera nacional, frente al blanco se erige el rojo, una dialéctica clásica donde el rojo adquiere connotaciones de majestad y de masculinidad, BUTLER, 2005.

²⁴ Se notificó a países europeos, árabes y americanos, AHN EXT, Sig. H. 3354 (Casa Real Española, Alfonso XII).

dad de una figura tan denostada públicamente por sus escándalos económicos e, incluso, morales²⁵.

La noticia salía así de las paredes del palacio y corría como «la electricidad» por las cortes europeas y las ciudades españolas. Los periódicos narran la recepción popular del nacimiento en Madrid de una forma entusiasta y espontánea. Los cañonazos que anunciaban el suceso y el sexo del recién nacido fueron contados con «indescriptible ansiedad»²⁶. Al sonido se sumó la iluminación roja de los faroles del palacio real, de los edificios públicos y de casas particulares, remarcando los diarios conservadores las de gentes «con ideas políticas avanzadas» y la redacción de algún periódico democrático²⁷. Los teatros interrumpieron la representación de las obras para anunciar el nacimiento y tocar la marcha real, oyéndose aplausos en el «paraíso» del teatro de Oriente —la zona más popular— y «repetidos y nutridos vivas» en los teatros de la Zarzuela, las Novedades y el Circo²⁸. Otro de los lugares donde mejor fue recibida la noticia fue en la cárcel, donde la proximidad de un indulto avivó los ánimos. Seguidamente, la población tomó la calle, es decir, el espacio público. En ese sentido, las referencias a la elevada asistencia y el ánimo general son tantas —y el silencio de demócratas y carlistas es tal— que cabe otorgarles cierta veracidad. De esta forma, *La España* narra el evento en términos casi de furor público:

El pueblo de Madrid está todo en la calle; las gentes, no andan, corren en todas direcciones murmurando palabras de gozo y publicando en alta voz la buena nueva. ¡Es un Príncipe! ¡Salud al Príncipe, salud á la Reina! Las galerías bajas de Palacio rebosan de gente, las plazuelas próximas también están llenas; todo el mundo corre presuroso á deshacerse en demostraciones de júbilo cerca de la regia morada²⁹.

A lo largo de la noche del 28 y la madrugada del 29 los gobernadores civiles y militares recibieron la noticia, ajustándose la respuesta oficial a una misma forma ritual. Al conocer la noticia, e independientemente de la hora, se avisaba a la población a través del sonido —generalmente con el repique de campanas y la música de bandas militares. Al día siguiente, eventos religiosos, civiles y populares se imbricaban en una conjunción festiva. En primer lugar se realizaba una misa de acción de gracias a la que asistían las autoridades civiles y militares. Seguidamente, tenía lugar una recepción pública de las autoridades a la que acudían las élites locales. Finalmente, se desarrollaban actividades populares como novilladas, bailes públicos, funciones de teatro,

²⁵ CASADO, 2011.

²⁶ *La Época*, 29-11-1857.

²⁷ *La Época*, 01-12-1857.

²⁸ *La Época*, 29-11-1857.

²⁹ *La Época*, 29-11-1857.

iluminaciones y fuegos artificiales. Si traspasamos la oficialidad de estos actos para atisbar su recepción popular hay que considerar, al igual que en Madrid, la fortísima ritualidad del evento —que creaba respuestas muchas veces estandarizadas— y el origen de las fuentes —periódicos casi siempre conservadores y cartas de autoridades. Así, en Valencia «numerosos grupos seguían a las músicas y dulzainas vitoreando á nuestra augusta Reina y el príncipe de Asturias» y en Santander «ni la intensidad del frío, ni lo intempestivo de la hora [impidieron] que inmediatamente se lanzara a recorrer las calles una multitud de gentes de todas clases y categorías, marcando en sus semblantes el extraordinario júbilo»³⁰. Con algo más de retraso la noticia fue recibida en los territorios ultramarinos, donde los eventos peninsulares se mezclaban con toques coloridos de las tradiciones locales³¹. Igualmente, las delegaciones españolas en el extranjero respondieron de la misma forma ritual asistiendo, no sólo los españoles residentes, sino también delegaciones de otras naciones y autoridades del país, marcando una interesante práctica de política informal.

Al análisis de la recepción cabe sumar el estudio de las representaciones realizadas por la prensa, presentando unos tropos comunes ligados a la identidad nacional y de género. Fue particularmente la prensa conservadora la que más se prodigó en alabanzas y reflexiones en torno al nacimiento. Así, como diría *La Esperanza* con cierta malicia, «vemos a los moderados celebrar en verso y en prosa, por la mañana y por la tarde, un día y otro día» el nacimiento³². Los progresistas respondieron —positiva o negativamente— al suceso, aunque en menor número de elogios y detalles. Entre esos lugares comunes destaca la maternidad política y cultural de Isabel II, felicitándola siempre «como madre, como reina». Maternidad política porque la reina había dado a luz al futuro de la nación en un momento político complicado, donde su papel como reina constitucional estaba cuestionado. Maternidad cultural porque se hace continua referencia a los valores y la identidad de género. Así, en referencia al papel político, son especialmente los diarios conservadores quienes claman por la unión de los partidos alrededor del trono, instando a que «depongan ante él su pasión, sus exageraciones y sus intemperancias»³³. En esa línea, resulta muy interesante advertir en los periódicos progresistas el proyecto de desplazamiento a la esfera de lo simbólico de una Monarquía legitimada por la nación. En ese sentido, proclaman que el progresismo «no quiere que se haga del rey un jefe de fracción, ni de Dios un arma política» pues

³⁰ AGA, GOB, Sig. (09) 002.008, 51/3113 Embarazos y partos (1853-1866), carta del Vizconde de Monserrat.

³¹ Por ejemplo, en Puerto Rico se mezclaban las tonadas, las alboradas y las serenatas con los bailes de máscaras, ANÓNIMO, 1858a: 8.

³² *La Esperanza*, 1-12-1857.

³³ *La Época*, 1-12-1857.

cuando «se declaran jefes de partido dejan de ser jefes de la nación»³⁴. Para ellos, «el monarca es el jefe de su pueblo: si desciende a colocarse a la cabeza de un partido, su misión se empequeñece y su destino desciende a la condición común»³⁵. Por ello, argumentan que han querido regenerar la Monarquía «sin apartarla de sus gloriosos recuerdos, unir con lazo estrecho lo que tiene de heroica y lo que tiene de expansiva»³⁶. Igualmente, el príncipe Alfonso condensa en su imagen los deseos de regeneración y las esperanzas del futuro, un hecho potenciado por el fracaso político de su madre. En ese sentido, el niño asume el papel que Isabel desempeñó en su día, prodigándose los calificativos como iris de paz, esperanza de la nación o precursor de una nueva era de prosperidad³⁷.

Si analizamos el papel cultural, tanto la ideología de la domesticidad propia del liberalismo como la versión propia del «ángel del hogar» del antiliberalismo —enlazada con el modelo de «madre cristiana», aunque con ideales de domesticidad ampliamente diseminados por todas las culturas— usaron la representación de la mujer-madre como una característica esencial de la femineidad. Todo ello cuando el discurso de género estaba reorientándose hacia la plasmación del arquetipo del «ángel del hogar», especificándose y regulándose el comportamiento moral y físico de la mujer³⁸. Además, esta característica de la mujer que definía su principal papel dentro de la sociedad, traía parejas unas funciones sociales específicas asociadas a la diferenciación natural y biológica con el hombre. A ello cabe añadir la importancia que la familia tenía como unidad natural y fundacional de la comunidad social, subsumiendo al individuo en una comunidad básica y naturalizada³⁹. Todos estos hechos fueron usados por la Monarquía en el nacimiento del príncipe, ligando un elemento esencial de la femineidad —la reproducción biológica— con la función social por excelencia atribuida a la mujer en la familia: la reproducción cultural e ideológica. Así, el anclaje del pasado en el presente y su proyección hacia el futuro —la «paradoja temporal» consustancial a la familia y a la nación⁴⁰— quedaban personificadas en la figura de la mujer-reina, uniéndose estas metáforas en el recién nacido.

En segundo lugar, el nacimiento favorece una relectura de la historia acorde a las culturas políticas monárquicas del momento, engarzando unos hechos

³⁴ *La Iberia*, 3-12-1857.

³⁵ *La Iberia*, 7-12-1857.

³⁶ *La Iberia*, 3-12-1857.

³⁷ GUTIÉRREZ, 2011.

³⁸ ROMEO, 2014.

³⁹ Para la relevancia de la familia dentro del liberalismo véase SIERRA, 2010 y FRAISE, 2003.

⁴⁰ MIRALLES, 2009: 6-7.

dentro de un discurso historicista. El primer elemento es el nombre de Alfonso elegido para el recién nacido, pues «cuando se trata de los Reyes, y especialmente de la monárquica España, nada hay que sea indiferente, todo tiene significado»⁴¹. Sin embargo, los significados que el nombre de Alfonso portaba fueron interpretados de forma distinta, aunque siempre dentro del mundo medieval. Así, mientras las fuerzas moderadas resaltarán su engarce con los Alfonsos I el Católico y X el Sabio en los términos de defensa de la religión y la Monarquía, los progresistas lo enmarcaron dentro de la defensa de las libertades y las instituciones representativas. El segundo es la «guerra de los siete años» (1833-1840), pues el nacimiento de un heredero varón clausuraría el carlismo y eliminaría una futurible guerra civil, algo que muestra la enorme fuerza de la reacción carlista en la memoria colectiva y en la acción política. El nacimiento constituía para los liberales «la última paletada de tierra arrojada sobre el cadáver del partido carlista», destruyéndose «las locas esperanzas de los que soñaban todavía en una fusión imposible»⁴². El carlismo fue consciente de ello y reaccionó criticando no el nacimiento, «suceso del que no podían menos de alegrarse como cristianos», sino los elogios que los liberales hacían del sexo del niño. Remarcaban, así, la incoherencia de sus ideas pues «donde rige el principio de las mayorías parlamentarias, que ellos profesan, vale lo mismo que ocupe el trono una hembra como lo ocupe un varón»⁴³. Además, aunque la guerra civil estuvo presente en la prensa conservadora, fue especialmente en el progresismo donde desempeñó un papel especial, enlazando con un tropo capital de su cultura política. En los días posteriores, periódicos progresistas publicaron artículos sobre su contribución en la guerra, asumiendo todo el protagonismo y erigiéndose en el sostén del trono constitucional pues su sangre «regó a torrentes los campos españoles y [asentó] el trono constitucional de una niña en cimientos amasados con sangre generosa»⁴⁴. Igualmente, publicaron análisis sobre la electiva Monarquía visigoda y reprodujeron en los folletines *Memorias de una Reina* de Fernández y Martínez narrando el conflicto civil de Isabel la Católica. En último lugar, los periódicos de todas las ideologías mencionan el carácter religioso del evento, asumiendo la identidad católica como esencia de España. Se vería, con ello el carácter de los españoles: «ante todo son y quieren ser religiosos; ante todo son y quieren ser monárquico»⁴⁵.

Estos discursos traspasaron la esfera pública para instalarse en el dominio de lo privado. Por ejemplo, personas anónimas pertenecientes generalmente a

⁴¹ ANÓNIMO, 1858a: 9.

⁴² *El Diario Español*, 29-11-1857.

⁴³ *La Esperanza*, 1-12-1857.

⁴⁴ *La Iberia*, 1-12-1857.

⁴⁵ *El Parlamento*, 1-12-1857.

unos estratos socio-culturales medios enviaron cartas de felicitación a la reina por el nacimiento. Allí se aprecia una clara dimensión de género —donde la maternidad ocupa el primer lugar—, la importancia del príncipe como depósito de las esperanzas de futuro y regeneración y el papel esencial del catolicismo. Como sintetizó el madrileño Juan Gascón, «dando a luz un niño, sois madre del mismo que de España ha de ser padre»⁴⁶ o como expuso Domingo Lanchares:

vuestro ilustre vástago es para todos los Españoles otro Arco iris que les da paz y ventura [...] vivid ilustre Príncipe porque vos solo sois capaz de reunir y hermanar a todos los Españoles que solo desean Rey, Paz y Religión⁴⁷.

Estas representaciones calaron en la cultura popular, impregnando la literatura y el teatro creado y representado de forma contemporánea a los hechos. En esa línea, por ejemplo, destaca *La Esperanza de dos mundos*, una obra de teatro contextualizada en las horas inmediatas al parto. Allí unos amantes ven imposibilitado su matrimonio por sus padres al pertenecer a familias políticas encontradas —moderados y progresistas. Sin embargo, el amor acaba triunfando en el momento en que se oyen los cañonazos y se colocan los faroles rojos, concluyendo la obra diciendo: «quede ahogada la voz de la discordia al resonar en todas partes: ¡viva la Reina constitucional!»⁴⁸.

BAUTIZANDO A UN PRÍNCIPE, PRESENTANDO EL FUTURO

Tras el nacimiento del príncipe, la maquinaria ceremonial y publicística de la Monarquía se puso en marcha para rentabilizar políticamente el evento⁴⁹, intentando reparar el prestigio político y moral de la Corona y fomentar la identificación entre Monarquía y religión como expresión de la nacionalidad española. De esta forma, el desarrollo ceremonial se fue ampliando paulatinamente hacia los espacios públicos, abriendo la celebración a la población desde el Palacio Real —con el bautismo— hacia la ciudad de Madrid —con la presentación en Atocha—.

La primera de ellas fue el bautismo, una ceremonia de carácter puramente religioso, realizada dentro del Palacio Real con unos invitados seleccionados. En esa confusión propia del estado gestatorio en que se hallaba la delimita-

⁴⁶ APR, HIS, Caj. 112, Exp. 2, *Felicitaciones a la Reina por el nacimiento del Príncipe Alfonso*, carta de Juan Gascón.

⁴⁷ APR, HIS, Caj. 112, Exp. 2, Carta de Domingo Lanchares.

⁴⁸ CISNEROS, 1858.

⁴⁹ BURDIEL, 2010: 549-552.

ción entre esferas públicas y privadas —con toda la dimensión estatal que tenía una de las instituciones del Estado—, las invitaciones enviadas desde el ministerio tuvieron que inutilizarse «por haber convidado la Mayordomía Mayor, considerando este acto como privado»⁵⁰. Se trataba de una celebración que guardaba una gran línea continuista y precisaba de muchos objetos rituales, de reliquias asociadas tradicionalmente a la Monarquía⁵¹. Por ello, aunque tuvo lugar el 7 de diciembre, en noviembre se enviaron las órdenes para gestionar su traslado junto a reliquias relacionadas con el parto, destacando la pila bautismal de Santo Domingo de Guzmán⁵². La reina fijó ese día, frente a la costumbre de hacerse mucho más próximo al nacimiento por el peligro de muerte, ya que pidió al Papa Pío IX que apadrinara al príncipe, como así hizo a través de monseñor Lorenzo Barili, quien llegó a Madrid el 6 de diciembre⁵³. La ceremonia se iniciaba con una procesión por las galerías del Palacio hasta la Capilla Real en la que participaban los gentiles hombres, los mayordomos y los Grandes de España. Tras ellos, y antecediendo a la familia real, los gentiles hombres más antiguos llevaban las insignias del bautismo —sal, capillo, vela, aguamanil, toallas y mazapán—. Evaristo San Miguel cerraba la procesión como comandante de Alabarderos junto a las damas de la reina y a la banda musical. El niño fue bautizado por el Arzobispo de Toledo —asistido por dieciocho obispos— con los nombres de Alfonso, Francisco de Asís, Fernando, Pío... seguido, como diría el rey Francisco, «de todo un almanaque con una letanía de adoraciones de la Santísima Virgen»⁵⁴. Una vez concluido el bautizo, donde «se oyó llorar con frecuencia» al niño —índice de que era «robusto y esta[ba] bien construido»—, la procesión volvió a la cámara real para realizar la ceremonia de cruzamiento. En ella, el rey, previo consentimiento de la reina, impuso al recién nacido el Toisón de Oro y la cruz de las órdenes de Carlos III e Isabel la Católica. Por tanto, entre los invitados a la ceremonia —más de 160—, algunos participaban activamente, siendo generalmente nobles con cargos palatinos, sin una familia política

⁵⁰ BURDIEL, 2010.

⁵¹ Un análisis somero pero práctico en HIJANO, 2013.

⁵² En este caso se recurrió a un gran número de reliquias que popularmente estaban asociadas a un buen parto. Entre ellas encontramos restos humanos como el cuerpo de María Santísima Abadesita, el de San Ramón Nonnato o el del Santo Niño del Remedio, objetos materiales como el báculo de Santo Domingo de Silos, el bastón de Santa Isabel de Hungría, la Cinta de Tortosa o el cristal de San Valentín. Más interesante es destacar que la Reina recibió como obsequio numerosas imágenes y relicarios de gente popular como Juan Gascón o Basilio Gil. Todo ello en APR, HIS, Caj. 112, Exp. 3.

⁵³ AHN, EXT, Sig. H. 3354 (Casa Real Española, Alfonso XII), *Misión especial de monseñor Lorenzo Bareli para representar al Papa como padrino del príncipe de Asturias*.

⁵⁴ APR, CR, Libros Parroquiales, 1 Bis, 69R, *Acta del bautismo solemne de SAR el Serenísimo Sr. Príncipe de Asturias D. Alfonso*, cita en doc. 45.

concreta y uniendo títulos de reciente creación con otros de rancio abolengo. Las relaciones con el exterior eran nulas, a excepción de los cañonazos que indicaban las fases ceremoniales y una costumbre muy arraigada: arrojar desde el palacio abundantes monedas de oro, plata y bronce —lo que «atrajo a la plaza de Oriente a un numeroso gentío»⁵⁵.

Durante el mes de diciembre los ayuntamientos de toda España prepararon la verdadera celebración popular del nacimiento. Sin embargo, el de Madrid desempeñó un papel más relevante al contar con la presencia física de la familia real e iniciarse la celebración municipal con una ceremonia tradicional en la Monarquía española: la presentación en la basílica de Atocha del recién nacido⁵⁶. Teóricamente, era una ceremonia con el fin de «hacer la primera salida para postrarse ante la majestad de Dios» pues «humillarse la majestad de la tierra en la casa del Señor [...] es todo lo más tierno y bello que practica la fe en cuanto respecta al deber de una cristiana madre»⁵⁷. Sin embargo, esta ceremonia poseía un elevado componente político para popularizar la imagen de la reina entre los habitantes de Madrid utilizando un arquetipo de la femineidad. Así, aunque era una salida pública más de las muchas que hacían los reyes hacia Atocha, los componentes político y publicístico otorgaron mayor relevancia a la preparación de los detalles. Cabe señalar que era competencia de los ayuntamientos sufragar los gastos derivados de este tipo de acontecimientos reales. Sin embargo, el Ayuntamiento madrileño no pasaba por un momento económico muy boyante, intentándose «dar todo el mayor ensanche compatible con el angustioso estado de los fondos municipales»⁵⁸. El programa definitivo fue aprobado en la sesión municipal del 18 de diciembre y, pese a las limitaciones económicas, el presupuesto final ascendió a 1.368.500 reales, una suma altísima sufragada mediante un empréstito —nunca devuelto— al Gobierno Civil de Madrid⁵⁹. La reina lo aprobó diez días después alabando que «la municipalidad, adivinando sus sentimientos y deseos, dedica la mayor parte de las sumas presupuestadas al socorro y alivio de los pobres, huérfanos y enfermos»⁶⁰. La prensa progresista fue muy crítica con el programa y las cantidades destinadas a las fiestas pues «solo sientan bien las diversiones cuando están socorridas todas las necesidades, o mejor dicho, cuan-

⁵⁵ *La España*, 8-12-1857.

⁵⁶ Para un análisis en época Moderna véase JURADO ET ALI, 1991.

⁵⁷ JIMÉNEZ, 1891: 66.

⁵⁸ AVM, Sec. 6 Leg. 187 N° 3. Un análisis de la hacienda madrileña en el siglo XIX en SAN ROMÁN, 1986.

⁵⁹ AVM, Libros de Actas, tomo 292, Pleno de 18-12-1857, pp. 730-732. En la sección de Contaduría existen cartas del Gobierno Civil reclamando la cantidad de 721.000 reales, aunque el Ayuntamiento evita pagarlas aludiendo reiteradamente su perenne estado de quiebra.

⁶⁰ AVM, Sec. 6 Leg. 187 N° 3, Real Orden de 28-12-1857.

do están satisfechas todas las atenciones»⁶¹. Huelga señalar que estas jornadas festivas no sólo implicaban eventos populares —como novilladas, fuegos artificiales o verbenas— sino que incluían numerosos actos de caridad. Así, estas fiestas constituían un instrumento muy importante para popularizar la Monarquía por su gran arraigo popular, exportándose una imagen de la Corona como ente caritativo y asistencial y de la reina como madre preocupada por sus «súbditos». Un hecho que entronca más con la política simbólica tradicional, asociada al paternalismo absolutista y a la caridad cristiana, que a la moderna política asistencial como servicio público⁶². Y es que, como puntualizó *El Museo Universal*:

Más vale enjugar una lágrima, llevar consuelo a una familia sin pan, restituir a un desgraciado a su patria, dar la libertad á un iluso mas bien que criminal, que no divertir a las masas y gastar cuantiosas sumas en públicas disipaciones [...] estos festejos apenas dejan un pálido recuerdo en la memoria, se desvanecen como el humo y no quedan en el corazón de las gentes honradas grabados, como los otros, por el buril hermoso de la gratitud⁶³.

Así, con estos mecanismos filantrópicos se intentaba grabar en la memoria colectiva la fecha de nacimiento y de bautizo del príncipe, instrumentalizando unos eventos familiares y ligando a la población con el futuro monarca. De esta forma, además de las diversas promociones y repartos en el ejército y del indulto⁶⁴, se repartieron numerosas ayudas relacionadas estrechamente con eventos similares a los de la familia real, especialmente nacimientos. Se concedieron dotes a los niños y niñas ingresados en la Inclusa los días del nacimiento y bautizo del príncipe, se dio ayuda económica a los nacidos en esas fechas —de 6.000 reales en el primer caso y de 3.000 en el segundo— y se financió la lactancia a los recién nacidos que quedaron huérfanos en esos días, mientras que se dieron plazas en el colegio de San Ildefonso a los niños y niñas huérfanos. Igualmente se concedieron 80.000 reales para repartir entre «los imposibilitados, enfermos, ancianos y pobres necesitados», dando dinero a Hermandades y Sociedades de ayuda. Además de ayudas económicas, era muy común facilitar elementos materiales como alimentos o ropa, hecho que se hizo en el colegio de San Ildefonso, en la cárcel real o en los cuarteles militares. Finalmente, un punto esencial era fijar la memoria del evento en el espacio público, coadyuvando igualmente a implementar el patronazgo del Estado y a favorecer una imagen de la Monarquía impulsora de las artes y del

⁶¹ *La Iberia*, 6-01-1858.

⁶² Sobre la monarquía y la beneficencia en el contexto postrevolucionario véase CARASA, 2004.

⁶³ *El Museo Universal*, 15-01-1858.

⁶⁴ APR, RR, ISII, Caj. 12830, Exp. 4, Real Decreto de 7-12-1857.

progreso⁶⁵. Se dieron ayudas a artistas y artesanos para establecer sus industrias y talleres y se convocó un concurso público para realizar una fuente en la plaza de Santa Ana —rebautizada como Plaza del Príncipe de Asturias D. Alfonso—⁶⁶.

La reina fijó para el 5 de enero de 1858 su salida pública a Atocha, celebrándose los días 5, 6 y 7 las fiestas populares en Madrid. La elección de esta fecha, frente a la tradicional costumbre de acudir a los 40 días del parto —es decir, el día 6—, se debió a motivos internos a la corte. Según un antiguo privilegio, la reina regalaba al duque de Híjar el vestido que portaba el día de la Epifanía. Sin embargo, para su salida pública la reina iba a llevar un vestido «de corte» —mucho más elaborado y caro—, y no quería «que sus galas sirv[iesen] para pagar las trampas de Salvatierra»⁶⁷. El cortejo salió a las 12:30 y llegó a Atocha a las 14 horas, integrando la comitiva 23 carruajes, 8 escuadras del ejército y un elevadísimo número de lacayos, palafreneros y batidores. Además de la familia real al completo, participaron numerosos nobles en su propio carruaje, un hecho importante para mostrar su estatus social. Aunque para un periodo posterior, el marqués de Vinent mostraba la relevancia de dicho acto dividiendo a «las gentes en dos categorías: los llamados a desfilar y los llamados a ver desfilar» y subrayando la importancia que para los primeros tenía, de tal forma que «la comodidad, la seguridad pasan a un plano secundario; no sienten frío ni calor, malestar ni bienestar; sienten sólo la voluptuosidad suprema quintasenciada de pasar»⁶⁸. Esa voluptuosidad recorrió las principales calles de la ciudad, atravesando los epicentros simbólicos: la puerta del sol y el Congreso. Durante el recorrido, los particulares y las instituciones urbanas engalanaron el itinerario con colgaduras, tapices e imágenes de los reyes. Además, el ayuntamiento decoró el trayecto desde Cibeles hasta Atocha con leones, obeliscos y pabellones con la bandera nacional, culminando la entrada a la basílica con dos arcos triunfales. Más interesante que las decoraciones resultan los comentarios sobre la asistencia y la actitud de los espectadores. A este respecto, la prensa conservadora menciona que desde primeras horas de la mañana un «inmenso gentío» tomó las calles de forma entusiasta para compartir con la reina «su alegría de madre y soberana por el beneficio inmenso que tanto a la real familia como a la nación española ha dispensado la Divina Providencia con el nacimiento»⁶⁹. Esta versión entusiasta es contradicha por los progresistas, señalando que «el mayor

⁶⁵ Un estudio muy interesante del caso inglés en PROCHASKA, 1995.

⁶⁶ AVM, Sec. 6, Leg. 187, núm. 3, *Programa de los festejos dispuestos por la Villa de Madrid*.

⁶⁷ AHN, DTF, 3553, Leg. 17, Exp. 11, Doc. 1, Eugenio de Ochoa a Fernando Muñoz, 5-01-1858. Para un análisis del proceso económico de la Casa de Híjar véase BAHAMONDE, 1986.

⁶⁸ HOYOS, 2013 [1931]: 35.

⁶⁹ *La Época*, 6-01-1858.

silencio reinó en todo el pueblo durante el tránsito de esta gran comitiva»⁷⁰. Una interpretación refrendada por la correspondencia privada de alguno de los espectadores del evento. Un observador muy sagaz y nada sospechoso de progresismo como Eugenio de Ochoa escribió al Duque de Riánsares que fue a «ver pasar a SSMM hacia Atocha, con una pompa y una riqueza verdaderamente regias. Hace un día hermosísimo, pero es triste, muy triste que en toda la carrera no se haya oído un solo viva»⁷¹. Igualmente, los conservadores destacan el paso del cortejo por el Congreso con los diputados en la escalinata, narrando que se produjo tal ovación que «los vivas a la Reina y al Príncipe apagaron los ecos de las bandas militares». Este hecho sería matizado por la prensa progresista, intentando desvincular a sus diputados remarcando que «el viva que se dio [...] partió del señor Bravo Murillo, el cual procuró ponerse en la primera línea para no ser confundido con sus compañeros»⁷².

La salida a Atocha marcaba el inicio de las tres jornadas festivas en Madrid, mezclando elementos religiosos, populares y de diversión pública⁷³. Se aprecia una cesura temporal marcada por el repique de campanas: mientras que las mañanas estaban dedicadas a actos caritativos y religiosos por parte de las autoridades de la ciudad, en las noches la diversión popular toma el protagonismo. Para ello, el ayuntamiento instaló en distintas plazas tablaos donde bandas de música tocaban «desde que principie la iluminación hasta las doce de la noche». Igualmente, se instó a los particulares a iluminar sus casas en una muestra de adhesión y se instaló iluminación de gas en el ayuntamiento y en la casa de la panadería, hechos elogiados por la prensa conservadora. La prensa progresista matizó esta situación diciendo que estuvieron «bien iluminadas las [casas] del centro, y no tanto las restantes de la capital»⁷⁴. Más revelador supone la crítica hecha desde *El Museo Universal*, afirmando que la iluminación «aunque general, no fue tampoco una cosa brillante». Con respecto a la participación popular existen opiniones encontradas: los diarios conservadores subrayan el «gran número de personas con inmenso júbilo», mientras que los progresistas dicen que «la gente circulaba en el mayor orden, reinando un silencio general»⁷⁵. Las fiestas continuaron, produciéndose el segundo día por la tarde una corrida de novillos y cucañas de entrada gratuita y por la noche «funciones de corte» en varios teatros. El tercer día tuvieron lugar los fuegos artificiales, sin duda el evento más popular e impopular a la

⁷⁰ *La Iberia*, 6-01-1858.

⁷¹ AHN, DTF, 3553, Leg. 17, Exp. 11, Doc. 1, Eugenio de Ochoa a Fernando Muñoz, 5-01-1858.

⁷² *La Iberia*, 7-01-1858.

⁷³ AVM, Sec. 6, Leg. 187, núm. 3, *Programa de los festejos dispuestos por la Villa de Madrid*.

⁷⁴ *La Iberia*, 6-01-1858.

⁷⁵ *La España*, 7-01-1858.

vez causado por el retraso en su comienzo de más de una hora por culpa de la reina. En ello toda la prensa coincide, subrayando *La España* que al acabar los fuegos «las más de cien mil almas que sufrieron el plantón [...] no teníamos fuerzas para decir una sola palabra» siendo «un espectáculo gratis que puede muy bien ser costoso para los que hayan cogido su correspondiente reuma, o algún constipado»⁷⁶. Esta imagen negativa de las fiestas fue la que, a la postre, quedó en el imaginario popular. Como destacó nuestro observador Ochoa, «las fiestas han estado lucidísimas, pero sin más entusiasmos que el oficial, y este muy escaso»⁷⁷. En este punto, es muy revelador un artículo publicado por Carlos Navarro donde decía:

Las últimas fiestas reales sea porque no poseamos tantas riquezas, porque nos hayamos hecho míseros, porque el entusiasmo se haya entibiado o porque, en fin, se haya escogido otra manera de celebrar los acontecimientos faustos para la nación, lo cierto es que han tenido bien poco de regio. En España, sea por las causas que se quiera, ya no hay gusto ni acaso entusiasmo para arreglar y disponer festejos públicos. O no hacerlos o que sean dignos del objeto a que se dedican. ¿O es que también en esto habremos de ver síntomas de decadencia?⁷⁸

Aunque los principales acontecimientos tuvieron lugar en Madrid, las celebraciones se realizaron en todas las provincias de España. Tenemos noticias de las fiestas hechas en Granada —entre el 22 y el 26 de enero— y Sevilla —del 23 al 26 de enero—, mostrándonos unas respuestas muy similares⁷⁹. Al igual que en Madrid, se repartió comida, se donaron vestidos y se otorgaron cantidades en forma de dotes, premios y limosnas, participando entidades públicas y privadas —como casinos, círculos, asociaciones o, en caso sevillano, la Maestranza. Igualmente, se hicieron demostraciones públicas «al ser los únicos medios del regocijo público y favorecer a las artes y la industria»⁸⁰, mezclándose elementos religiosos, civiles y populares. Es justamente ahí donde encontramos diferencias entre Madrid y los casos andaluces al tener lugar decoraciones y eventos más anclados a la tradición, con un claro predominio del elemento militar ausente parcialmente en el caso madrileño⁸¹. En ese sentido, las decoraciones e iluminación de los cuarteles tuvieron mucha

⁷⁶ *La España*, 10-01-1858.

⁷⁷ AHN, DTF, 3553, Leg. 17, Exp. 11, Doc. 2, Eugenio de Ochoa a Fernando Muñoz, 10-01-1858.

⁷⁸ *El Museo Universal*, 15-01-1858.

⁷⁹ APR, HIS, Caj. 112, Exp. 3, *Programa de los festejos públicos y actos de beneficencia de la diputación y ayuntamiento de Granada* y ANÓNIMO, 1858b.

⁸⁰ ANÓNIMO, 1858b: 4.

⁸¹ Un reciente estudio ha visto una dicotomía entre las celebraciones en Madrid y en el resto de España al sobrevivir en las segundas discursos alegóricos y justificaciones históricas en las decoraciones. En REYERO, 2015: 189-199.

importancia, se desarrollaron revistas militares —donde el Capitán General adquiere gran protagonismo— y se produjeron desfiles militares ante los cuadros de los reyes, lugar simbólico contingente de la autoridad monárquica. Pese a ello, los discursos desplegados guardan una estrechísima relación, vinculando la imagen de la Monarquía con el progreso y la tradición, condensando en la figura de la reina los discursos de la caridad cristiana y la maternidad como elemento definitorio de la mujer y, finalmente, representando el príncipe la imagen de «plácida esperanza», de «iris supremo» de suerte y de «lazo de unión del Pueblo con el Trono»⁸².

DIMENSIÓN CULTURAL Y POTENCIAL NACIONALIZADOR DE UN VIAJE REAL

A estas ceremonias de nacimiento, bautismo y presentación del príncipe Alfonso se unió un nuevo componente que extendió la propaganda monárquica por la nación: el viaje real. Aunque los desplazamientos de los reyes no eran nuevos, a partir de 1858 se aprecia un incremento cuantitativo y, sobre todo, cualitativo. Era un nuevo instrumento moderno, estrechamente ligado al ensayo de política personal de la reina, cuyo objetivo era medir, recabar e incrementar el grado de apoyo popular a la Monarquía. El primer viaje fue en la primavera de 1858 aprovechando la invitación de las autoridades de Alicante para inaugurar el nuevo ferrocarril. Los testimonios hablan de un éxito enorme, siendo un baño de masas al que estaba ya poco acostumbrada la reina en la capital, consecuencia de la creciente hostilidad por la sangrienta represión hecha para acabar con el Bienio —donde la Corona tuvo una implicación directa—⁸³. El contraste entre ambas situaciones constituyó un acicate a la promoción de nuevos viajes, siendo otro elemento fundamental la aparición del general O'Donnell⁸⁴ como presidente del Gobierno, demostrando la inviabilidad del proyecto político iniciado en 1857.

Desconocemos si la iniciativa del viaje a Asturias partió de la reina o de su entorno, aunque la documentación muestra la especial implicación de la corte y una cierta improvisación en la organización —datando los primeros telegramas y cartas del 16 de junio—. El Inspector General de la Real Casa —cargo ostentado por Atanasio Oñate— se encargó de organizar y resolver todos los imprevistos, coordinándose con los diversos oficiales desplazados por la geografía del viaje. Aunque la Casa Real fijó el itinerario, fueron muchas

⁸² ANÓNIMO, 1858b: 17.

⁸³ BURDIEL, 2010: 476-486.

⁸⁴ Leopoldo O'Donnell ha sido señalado como autor de este cambio propagandístico, aunque la documentación consultada demuestra que el viaje estaba planeado cuando llegó al poder y fue la Casa Real quien lo gestionó. A este respecto VILCHES, 2007: 195-201.

las invitaciones a visitar ciudades y fábricas enviadas desde las localidades, algunas rechazadas⁸⁵. Paralelamente, Oñate contactó con los alcaldes y los gobernadores civiles para acordar el desplazamiento, alojamiento y avituallamiento de las 245 personas y más de 143 bultos de equipaje que acompañaban a la reina⁸⁶. Aquella «nube de langostas», como maliciosamente denominó Ochoa, conllevó unos gastos enormes sufragados por el patrimonio real y cuantificados en 2.057.566 reales⁸⁷. Una cifra que esquilmaría las arcas reales y ofrecería una imagen negativa fruto del retraso o impago de las deudas. Con todo ello, el viaje se emprendió el 21 de julio de 1858 con una duración exacta de dos meses, de los cuales uno entero se desarrolló en Asturias. Un tiempo en el que toda la corte se desplazó con la reina, incluyendo al Gobierno⁸⁸, lo que produjo, como apuntó *La Iberia*, que «el viaje regio [...] ha paralizado la resolución de todas las cuestiones políticas»⁸⁹, entre ellas la concesión/negación de la convocatoria de Cortes para O'Donnell —papel entregado a su vuelta—.

Un punto importante es discernir el motivo del viaje, viendo la relevancia concedida entonces y las intenciones que escondía. La historiografía existente atribuye el viaje a la intención de la reina de «tomar los baños»⁹⁰. Sin embargo, la mayoría de periódicos, crónicas y cartas consultadas subrayan la visita a Covadonga y la intención de dar a conocer a la reina y al heredero. Así, el viaje sería «una piadosa peregrinación a los lugares donde se avivó la fe y empezaron las glorias de la restauración: el viaje a la cuna de la Monarquía con el excelso Alfonso, esperanza de la Patria»⁹¹. Además, como explicitó el mismo Juan de Dios de la Rada, cronista oficial, «el objeto principal que absorbía el pensamiento de la Reina, [fue] la visita a Ntra. Señora de Covadonga»⁹². Independientemente del factor *déclencheur*, el destino guardaba una enorme simbología: Asturias emerge como el «depósito de nuestra fe, tradiciones y costumbres» donde sucedieron «los tres grandiosos sucesos que decidieron la suerte de España: el último y más porfiado alzamiento contra los

⁸⁵ AGP, RR, ISII, Caj. 255 *Partes telegráficos correspondientes al viaje de SM a Asturias y Galicia*.

⁸⁶ AGP, RR, ISII, Caj. 255, *Itinerario de la Real jornada, listas de la servidumbre, borradores de partes telegráficos dirigidos por la Inspección General*.

⁸⁷ Cita extraída de AHN, DTF, 3553, Leg. 17, Exp. 11, Doc. 14, Eugenio de Ochoa a Fernando Muñoz, 6-08-1858. Para el monto del viaje, véase HERRERO, 1950: 65, cabe destacar la dificultad de contabilizar los gastos debido a heterogeneidad de las partidas.

⁸⁸ AGP, RR, ISII, Caj. 255, *Nota de los jefes de Palacio y demás personas de la Real servidumbre que acompañaran a SSMM*.

⁸⁹ *La Iberia*, 1-09-1858.

⁹⁰ HERRERO, 1950: 53.

⁹¹ *Boletín Oficial de la Provincia de La Coruña*, 15-09-1858.

⁹² RADA, 1860: 564.

romanos, el primer triunfo contra los sarracenos y el brioso reto a muerte a Napoleón»⁹³. Además, aparece ligada a la independencia nacional y a la esencia católica y monárquica de España. En esta narración, Covadonga adquiere un protagonismo especial por ser la «cuna de la libertad española, el primer alcázar y la casa solar de los Reyes de España [...] cuyo lugar señala entre las sombras de la noche un faro siempre luciente»⁹⁴. Fue esta luz la que atrajo a la reina —perdida en las sombras de la impopularidad, de la intriga política— en busca del capital simbólico que Covadonga aún guarecía. A esta simbología del espacio hay que sumar aquella asociada con Pelayo como «Redentor de España», «campeón de la libertad, de la religión y de la monarquía»⁹⁵.

El análisis de la estancia en Oviedo y Gijón muestra las líneas generales de una nueva forma de entender los viajes reales. Centrados en la popularización de la Monarquía, reforzarían la imagen de la institución como promotor cultural y económico, vinculando la tradición inherente a la Monarquía con el progreso proyectado al futuro. Las jornadas fueron perfectamente organizadas desde Madrid, destinando las tardes a visitar las instituciones religiosas, culturales y económicas públicas y privadas de la ciudad. Además de conventos, iglesias y hospicios eclesiásticos, la reina visitó instituciones civiles —como hospitales y universidades— y, sobre todo, fábricas industriales en un intento por vincular el progreso material con la Corona. Estos hechos narran la fluida interacción establecida entre la corte y las élites locales durante los encuentros privados que se sucedieron. Pues, además de la fuerte impronta de promoción social, la visita real escondía un fuerte impulso económico apreciable en la inauguración y proyección de obras públicas. Pese a todo, fue la noche, rodeada de iluminaciones, fuegos artificiales y espectáculos populares, donde la relación directa entre la reina y el pueblo se realizaba con mayor frecuencia. Son numerosas las anécdotas donde la reina pasea sin escolta y del brazo del rey mezclándose con la gente o las referencias a las demostraciones de adhesión por parte de «inmensas olas populares que se quebraban blandamente al pie de la regia morada»⁹⁶.

Paralelamente, la prensa fue conformando y la reina puso en escena una serie de representaciones. Para ello, se puso en marcha una publicística muy potente que encontró en las instituciones —ayuntamientos y diputaciones— y en las jerarquías locales sus principales promotores⁹⁷. De esta forma, existen

⁹³ RB, Sig. INF/1488, Castor de Caunedo, Nicolás. *Álbum de un viaje por Asturias*, Oviedo, Imp. de D. Domingo González Solís, 1858, p. 39.

⁹⁴ RB, Sig. INF/1488, Castor de Caunedo, Nicolás, p. 40.

⁹⁵ Citas extraídas de RB, Sig. INF/1488, Castor de Caunedo, Nicolás y RB, Sig. XIX/8611, Doc. 205, Hartzenbush, Juan Eugenio, *A Nuestra Señora de Covadonga*.

⁹⁶ *La Época*, 24-08-1858.

⁹⁷ Para el uso de las ceremonias por parte de las élites locales véase LUENGO, 2014: 146-152.

numerosas composiciones, poesías⁹⁸ y canciones realizadas por publicistas, impresas en un elevado número y en una amplia gama de formatos —desde simples panfletos o carteles en seda hasta cuidadas ediciones— y distribuidas en la calle como hojas volantes. A esto cabe sumar la amplísima cobertura periodística, dando cuenta detallada del viaje y subrayando las positivas reacciones populares. Todo ello muestra el esfuerzo y el éxito que tuvo esta campaña de popularización, no difiriendo en lo esencial las representaciones expresadas. En primer lugar, se desarrollaron unos discursos que enlazaban la Monarquía con los prototipos de género. En ese sentido, el rol que Isabel adquirió en el viaje combinó su condición política de reina con los arquetipos de feminidad —la maternidad y la caridad—. En contra, Francisco fue relegado a un papel secundario, de mero acompañante, o en contadas ocasiones a actos relacionados con elementos castrenses. Un hecho que refleja la dificultad de encuadrar la presencia de Isabel como mujer dentro del espacio público y de la esfera política, mundos masculinizados donde la presencia de mujeres era una excepción⁹⁹. En ese sentido, la clásica escisión en dos mundos antagónicos¹⁰⁰, uno masculino relacionado con el progreso, la ciencia, la educación... y otro femenino vinculado a la religión, a la tradición, al pasado... tuvo que acomodarse a la circunstancia de la existencia de una reina ostentadora de la soberanía y, sobre todo, a las dificultades de un matrimonio donde el orden moral y natural estaba alterado¹⁰¹. Así, fue el binomio reina-príncipe y no reina-rey el que se utilizó para volcar las esperanzas de progreso en el futuro, aunque en el presente la reina aglutinó ambas dimensiones temporales y sexuales. Además, aunque el «componente masculino» de la reina estuvo presente, fueron los elementos femeninos los que primaron. Así, ante la imposibilidad de representar públicamente los valores morales asignados a la domesticidad femenina como mujer-esposa, se potenció el otro gran elemento definitorio de la feminidad: la maternidad. A ello se sumaron unos atributos que se derivaban lógicamente de la naturaleza femenina como la religiosidad y la caridad, extendiendo las atribuciones domésticas femeninas al espacio público¹⁰². Por ello, aunque públicamente Isabel II «nunca se identificó ni con la feminidad virtuosa y modesta de clase media ni con la del talento y la capacidad de las mujeres excepcionales»¹⁰³, fueron utilizadas la maternidad y

⁹⁸ Un análisis de esta literatura laudatoria en el siglo XIX en LEGOY, 2010.

⁹⁹ ROMEO, 2008.

¹⁰⁰ ARESTI, 2000.

¹⁰¹ BURGUERA, 2008.

¹⁰² Un análisis en BURGUERA, 2012. Para algunas líneas de fuga del modelo, RAMOS, 2004.

¹⁰³ BURGUERA, 2013: 149. Un análisis del modelo de feminidad católico en GIORGIO, 2002.

las condiciones naturales de su sexo —ambos elementos presentes en el ideal femenino liberal y antiliberal—. Como escribió la Juventud Ovetense, «vuestro pueblo no ve solamente en V.M. la Reina; ve además la mujer, la madre, la cristiana»¹⁰⁴.

Las referencias sobre Covadonga acapararon, si no cuantitativa por lo menos cualitativamente, el mayor número de descripciones. La visita a ese «lugar de memoria» se desarrolló el 27 de agosto con el propósito de absorber su capital simbólico, condensando todas las representaciones al ser «la augusta viajera, cariñosa como una madre, bienhechora y tierna como una hija de la caridad»¹⁰⁵. Las ceremonias que tuvieron lugar, todas religiosas, colaboraron a aumentar el valor sacralizado de dicho trasvase simbólico. En primer lugar, tuvo lugar la confirmación del príncipe de Asturias, añadiendo a la lista de nombres el de Pelayo «donde nació por la voluntad de un hombre de hierro y la ayuda de Dios la española monarquía»¹⁰⁶. Con este acto, el recién nacido condensaba en su nombre la tradición —el valor legitimador del pasado y de la independencia de la nación— con la proyección al futuro de la institución y las esperanzas de regeneración. Seguidamente, la reina se desplazó bajo palio en procesión hacia una explanada al aire libre repleta de gente para realizar una misa pontifical. Los corresponsales destacaron «el numeroso gentío que asistió al Santo Sacrificio, derramando lágrimas de entusiasmo y fervor», así como el «verdadero entusiasmo» durante el viaje de ascenso y de regreso de la reina¹⁰⁷. Además, narraron poéticamente el momento, atribuyéndole tal emotividad que, reproduciendo esa dimensión de género, no era «extraño que las lágrimas corriesen de los ojos de la madre y de la Reina, si incluso los hombres de fuerte corazón trataban en vano de reprimir las suyas»¹⁰⁸. La propia reina utilizó el capital simbólico del lugar y del personaje cuando, «mostrando desde su carruaje al tierno Príncipe, dijo al pueblo: miradle, se ha confirmado en Covadonga, y lleva el nombre de Pelayo»¹⁰⁹. Esta dimensión emocional habla de unos mecanismos de legitimación donde primaba la identificación horizontal entre el común de la gente y la institución monárquica. Así, frente a dimensión de sacralidad que tradicionalmente rodeaba de autoridad al poder, se aprecia una identificación cotidiana, de humanización de la institución y, por ende, de su interiorización popular como referente moral a

¹⁰⁴ RB, Sig. XIX/8322, *Corona poética dedicada a SS. MM. y AA. con motivo de su viaje a Asturias*, Oviedo, Imp. y Lit. de Benito González, 1858; VII.

¹⁰⁵ *Revista Católica*, 195 (09-1858): 319.

¹⁰⁶ *La Correspondencia* de 1-09-1858.

¹⁰⁷ *La España*, 1-09-1858 y *La Epoca*, 31-08-1858.

¹⁰⁸ *La Correspondencia*, 1-09-1858.

¹⁰⁹ RADA, 1860: 564.

través del vínculo maternal¹¹⁰. En ese sentido, en una canción entonada en una lengua popular como era el bable se pudo oír:

¡Mira, mira que gayaspera y que guapa! Conozese que ye la Reina solamente con miralla ¡Con cuanto amor que nu mira! ¡Con cuanto amor que nu trata; sin mirar que semos probes y ella Señora tan alta! ¡Y el rapazín? Eh! Señora, volvai caucia con la cara ¡Dios la bendiga y la Virgen! Miralu, miralu ¡Páez un ñeñu de cara! Quien diría que Rey de España del mio fiu va ser. Mira Antonin, si ese ñeñin te manda a la batalla, cúdia pel su honor, cúdia pel honor de España. E non penses ena muerte, tu madre e Dios te lu mandan¹¹¹.

Un último elemento a destacar es el importante componente nacional y nacionalizador que el viaje entrañó. Cabe resaltar la ausencia en los estudios sobre nacionalismo de una institución tan importante como la Monarquía en la conformación de las identidades colectivas¹¹². Y ello pese a que la identidad monárquica premoderna —junto con la católica— fueron, probablemente, las predominantes de la sociedad española. Además, si entendemos que el monarca era el representante de la nación —especialmente para el discurso progresista y, con menor énfasis, el moderado—, la Corona transmitía una narración, unas metáforas y unas imágenes de nación. Por ello, el monarca personificaba una idea tan abstracta como el Estado, creando una relación mucho más personal con la gente que permitía volcar sobre él proyecciones, emociones y sentimientos. En este punto, las prácticas rituales son fundamentales al movilizar mejor lugares, objetos e individuos, apelando a una amplia serie de dispositivos visuales y sensoriales¹¹³. Con estas ceremonias se crearon alrededor de la Monarquía verdaderas «comunidades imaginadas» que permitían trazar fronteras de una comunidad nacional —más o menos cerrada—¹¹⁴. En este sentido, que la soberanía recayera en una mujer tuvo consecuencias en la vertiente nacionalizadora. *Grosso modo*, la mujer participó en la construcción nacional de tres formas: como partícipe directa, como significadora simbólica y marcadora de los límites de la nación y como reproductora cultural, biológica e ideológica de la misma¹¹⁵. Isabel II, como mujer y como reina, condensó todas ellas pues, al representar al Estado, era la matrona de la gran familia nacional cuya moralidad y honorabilidad se identificaba con la del país. Sin embargo, la característica reproductiva cobró un especial significado en este viaje. Fueron numerosas las referencias a metáforas familiares

¹¹⁰ Un análisis muy sugerente en GUTIÉRREZ y MIRA, 2014.

¹¹¹ RB, Sig. XIX/8611, núm. 200, Jove, Pedro de, *Romance para la danza prima*.

¹¹² Un primer estudio con esta dimensión en BARRAL, 2012.

¹¹³ BRAUD, 1996: 87.

¹¹⁴ Una propuesta teórica formulada y demostrada para el caso italiano en BRICE, 2010.

¹¹⁵ Una caracterización clásica extraída de YUVAL-DAVIES y ANTHIAS, 1989.

donde la reina no sólo tenía una maternidad femenina al uso, sino que era madre de la nación¹¹⁶. Como fue sintéticamente expuesto, «como madre de un príncipe, le es dado serlo hoy además de todos los hijos de esta noble patria»¹¹⁷. El uso de metáforas en política es frecuente, pues configuran «una especie de subestructuras, contenedores o cimientos del pensamiento lógico sobre los que se van edificando y ordenando las nociones más concretas»¹¹⁸. Con Isabel se potenció la metáfora familiar, aprovechando uno de los mecanismos tradicionales de participación femenina en la nación —la reproducción— para hacer comprensible y visible la nación: se escenificaba la familia nacional de la que la reina era madre, era matrona¹¹⁹. Una asociación simbólica muy visible a lo largo del periodo que fundía la imagen de la reina con las alegorías femeninas tradicionales y modernas de España¹²⁰.

La Monarquía utilizó las metáforas familiares para mostrar la maternidad de Isabel en un sentido nacional, como madre protectora de la nación que ha engendrado el futuro. Sin embargo, ¿qué imagen, qué idea de nación representaba la Monarquía en estas ceremonias? Fundamentalmente, son tres los elementos discursivos que articulan esta visión de la nación española. En primer lugar, España era una nación monárquica, hecho demostrado por su historia. A ello se añadía un componente fundamental como el catolicismo, anclando este discurso en los orígenes del nacionalcatolicismo por el que «la fe católica se transformaba en elemento constitutivo de la nación»¹²¹. Estos dos elementos, la esencialidad de España como nación católica y monárquica, se encontraban de cierta forma en las culturas políticas moderada e, incluso, progresista. Igualmente, existía una corriente historiográfica y de pensamiento muy potente que estaba organizando una visión del mundo, del pasado y del futuro en este sentido¹²². El viaje a Covadonga ofreció un ejemplo claro de unión de ambos elementos: era una peregrinación «de católica, cristiana, y Española verdadera»¹²³, una importancia aumentada por el componente mariano en plena pujanza¹²⁴. En consecuencia, se preguntaba Braulio Antón, «¿cómo no, pueblo valiente, rendir culto a tus hazañas, quien cual Madre cariñosa ve en ellas su propia causa? Si la Patria es su desvelo, la Religión es la

¹¹⁶ El uso de metáforas familiares provenía del siglo XVIII, aunque con los cambios del concepto de familia fueron readaptándose. Para un estudio práctico en Francia e Italia véase BRICE, 2012.

¹¹⁷ *La Época*, 29-11-1857.

¹¹⁸ FERNÁNDEZ, 2009: 23-24.

¹¹⁹ MIRALLES, 2009.

¹²⁰ REYERO, 2015: 32-54.

¹²¹ LOUZAO, 2013.

¹²² Ese sentido es el expuesto en ÁLVAREZ, 2001: 383-431.

¹²³ *Romance a nuestra soberana* de Antonio Cortés, citado en RADA, 1860: 540-541.

¹²⁴ Para ello véase MÍNGUEZ, 2014.

savia que fortifica su espíritu»¹²⁵. Es muy interesante comprobar aquí la relación dialéctica entablada entre la Monarquía y la religión en su vertiente más popular pues, como narraba una revista catalana, las iglesias «han estado cuajadas de fieles rebosando de puro españolismo a la vez que del monarquismo más acendrado» viéndose «que la religión y la monarquía conservan todavía en el espíritu popular suficiente pujanza para deshacerse de ciertas farsas»¹²⁶.

El tercer vértice del triangulo identitario es quizás el más problemático al haber entendido la historiografía durante mucho tiempo la relación entre lo local y lo nacional como una oposición dicotómica¹²⁷. Sin embargo, la construcción nacional recurrió en ocasiones a la difusión de la identidad nacional sobre la base de la afirmación territorial local o regional¹²⁸. Se trataría de una especie de «pequeña patria» mediante la cual se construiría la «gran patria» española, una matriz nacional matizada en la diversidad¹²⁹. Esto se justificaría en la interpretación del discurso histórico, en la integración de la Monarquía dentro de las lenguas locales —en este caso, el bable— y en la mezcla de símbolos regionales, locales y nacionales. Así, la nación era pensada y aprehendida desde la variedad regional política y, sobre todo, cultural: la nación española era un agregado de territorios y culturas¹³⁰. En ese sentido, la mezcla de lugares de memoria, de personajes, de fechas... locales se integraban dentro de una lectura nacional: Asturias era leída desde la reconquista de la independencia nacional. Desconocemos las reacciones de los miembros de la corte o de la familia real ante las variedades dialectales, los símbolos, los personajes... locales —quizás más aprehensibles desde la estructura de Antiguo Régimen¹³¹—, pero es muy sintomático que a la hora de escribir una crónica del viaje, Juan de Dios de la Rada estructure el libro en función a los reinos, comenzando cada capítulo con sus armas; o que la lectura de las decoraciones, hechos históricos, lugares... vincule siempre la Monarquía con la asimilación nacional de las tradiciones locales, relacionando la región con la defensa de la causa nacional y monárquica. El estudio de la Monarquía como agente nacionalizador complejiza el esquema tradicional que escindía, *grosso*

¹²⁵ RB, Sig. XIX/8611, núm. 182, Antón Ramírez, B. *La Religión y la Patria*.

¹²⁶ *Revista Católica*, núm. 195, 09-1858: 319.

¹²⁷ La bibliografía sobre el fenómeno es extensa, destacando una reflexión muy interesante en CALATAYUD, MILLÁN y ROMEO, 2009.

¹²⁸ Véase ARCHILÉS y MARTÍ, 2004.

¹²⁹ THIESSE, 1997.

¹³⁰ Aún no podemos hablar de un sentimiento provincialista con connotaciones políticas alternativas a la española, una visión desde postulados clásicos en BERAMENDI, 2004. Quizá sea útil extender el concepto de «doble patriotismo» formulado por Josep María FRADE-RA, 2003.

¹³¹ En las imágenes, la personificación territorial de la monarquía fluctuó entre su representación tradicional y la nueva organización territorial como ha sido destacado en REYERO, 2015: 54-66.

modo, la crítica moderada a los «patriotismos provinciales» y a la defensa progresista de lo local y municipal¹³². A través de ella vemos una nación esencialmente católica y monárquica, identidades innegables y diferenciadoras de España, en la que la cultura local era asumida y naturalizada. Para desarrollarlo, además de los clásicos mecanismos culturales de nacionalización —banderas, himnos, escudos... que inundaron la región—, fue fundamental el uso de la moda¹³³. Particularmente, eran los hijos de la reina —destacando al príncipe— quienes eran vestidos con los trajes regionales, en muchas ocasiones regalados por las autoridades. Este último elemento ofrece una imagen nítida de la Monarquía como agente nacionalizador: era el príncipe Alfonso, futuro regenerador de España y de la Monarquía, representante del Estado revestido de la región, el que se movía e interactuaba en estas ceremonias.

EPÍLOGO

Como si de una obra pictórica se tratase, la maltrecha Monarquía de Isabel II aprovechó un evento familiar como era el nacimiento de un hijo para trazar un punto de fuga sobre el que proyectarse hacia el futuro. De esta forma, la Corona utilizó políticamente uno de los elementos de definición de los roles de género que estaban definiéndose entonces como era la maternidad. Todo ello con el fin de reparar el prestigio no sólo político sino también moral de la Corona y popularizar de esta forma a su representante focalizando la atención pública en el binomio Reina-Príncipe de Asturias, exponente de la continuidad histórica de la Monarquía y de sus valores como garante de la estabilidad. Esto se realizaría de forma ceremonial, poniendo en marcha unos dispositivos espectaculares y emocionales tradicionales en España —aunque adaptándolos a las nuevas circunstancias sociales y políticas— que movilizaran socialmente y desarrollaran una pléyade de discursos y representaciones. De tal forma que el espectador se iría paulatinamente ampliando desde un perfil puramente político y cortesano mediante la ceremonia de presentación y bautismo del recién nacido hasta abrirse al espacio público primero de la capital del reino con la salida pública a la Basílica de Atocha y después de la nación con la comunión en el Santuario de Covadonga. Con esta estrategia de representación pública de la Monarquía, se potenciaron unos discursos asociados con valores políticos inherentes a la institución y culturales vinculados con la función reproductiva de una mujer muy particular por ser la ostentadora de la soberanía monárquica. Igualmente, la Monarquía entró en el juego político y cultural por el control de unos mecanismos de definición, por unos espacios

¹³² Una síntesis en MARTÍ y ROMEO, 2006.

¹³³ Una reflexión sugerente en MANSEL, 2005.

de representación y unos discursos de identidad que tocaban no sólo los roles de género, sino también la construcción de la nación. De esta forma, el *atrezo* monárquico que servía de telón de fondo a la escenificación pública de la Monarquía implicaba si no la apropiación, al menos la mezcolanza de símbolos nacionales como la bandera o el himno con elementos puramente monárquicos como el escudo de la dinastía y otros atributos vinculados con la región. En definitiva, la dinámica que posibilitó la adaptación de la Monarquía a los nuevos tiempos y contextos pasaba por modernizar la tradición y popularizar la institución, al mismo tiempo que esos elementos novedosos instrumentalizaban una legitimidad histórica que representaba la Monarquía.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.
- Anónimo, *Apunte contemporáneo para la historia política de España*, Londres, Imprenta de Schulze, 1854.
- Anónimo, *Descripción de las fiestas que celebró la ciudad de Puerto Rico con motivo del fausto natalicio del Príncipe de Asturias don Alfonso*, Puerto Rico, Imprenta de Acosta, 1858a.
- Anónimo, *Fiestas reales con que el pueblo de Sevilla solemniza el fausto natalicio del Augusto Príncipe Don Alfonso*, Sevilla, Imprenta Librería Española y Extranjera, 1858b.
- Archilés, Ferrán y Martí, Manuel, «La construcció de la regió com a mecanismo nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola», *Afers*, 48 (2004), 265-308.
- Aresti, Nerea, «El ángel del hogar y sus demonios. Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX», *Historia Contemporánea*, 21 (2000), 363-371.
- Bahamonde, Ángel, «Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)», en Luis Enrique Otero y Ángel Bahamonde (eds.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX. Vol. I*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1986; 325-375.
- Barral, Margarita, *A visita de Isabel II a Galicia en 1858: Monarquía e provincialismo ao servizo da nacionalización*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 2012.
- Beramendi, Justo, «Los provincialismos, el nacionalismo español y el trono» en Juan Sisinio Pérez (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004; 177-196.
- Braud, Philippe, *L'émotion en politique*, Paris, Presses de Sciences Po, 1996.
- Brice, Catherine, «Métaphore familiale et monarchie constitutionnelle. L'incertaine figure du roi père», en Gilles Bertrand et ali. (dirs.), *Fraternité. Pour une histoire du concept*, Grenoble, CRHIPA, 2012; 157-185.
- Brice, Catherine, *Monarchie et identité nationale en Italie (1861-1900)*, Paris, EHESS, 2010.

- Burdiel, Isabel, *Isabel II. Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010.
- Burgo, Ignacio del, «Un duelo en el Palacio Real: la muerte del general Urbiztondo», *Boletín de la RAH*, 205 (2008), 227-250.
- Burguera, Mónica, «“Al ángel regio”. Respetabilidad femenina y monarquía constitucional en la España posrevolucionaria» en Encarna García et Ali. (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013; 131-150.
- Burguera, Mónica, «Mujeres y soberanía: María Cristina e Isabel II», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. III. Del siglo XIX a los umbrales del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2008; 85-116.
- Burguera, Mónica, *Las damas del liberalismo respetable*, Madrid, Cátedra, 2012.
- Butler, Amy, *L'extraordinaire saga du rouge. Le pigment le plus convoité*, Paris, Autrement, 2005.
- Calatayud, Salvador; Millán, Jesús y Romeo, M^a Cruz, «El estado en la configuración de la España contemporánea. Una revisión de los problemas historiográficos» en Salvador Calatayud, Jesús Millán y M^a Cruz Romeo (eds.), *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques*, Valencia, PUV, 2009; 9-130.
- Cánovas, Francisco, *El partido moderado*, Madrid, CEC, 1982.
- Carasa, Pedro, «Isabel II y la cultura de la pobreza», en Juan Sisinio Pérez (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004; 111-140.
- Casado, M^a Ángeles, «María Cristina de Borbón. Una regente cuestionada», en Emilio La Parra (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011; 133-176.
- Cisneros, Enrique de, *La Esperanza de dos mundos*, Madrid, Imprenta de C. González, 1858.
- Fernández, Rafael y Gutiérrez, Rosa Ana, «Discursos de legitimación de la monarquía española del siglo XIX: Isabel II y Alfonso XII, reyes constitucionales y católicos», *Alcores*, 17 (2014), 89-114.
- Fernández, Javier, «Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-conceptual», en Jordi Canal y Javier Moreno-Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, CEPC, 2009; 11-30.
- Fradera, Josep María, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Fraisse, Geneviève, *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*, Madrid, Cátedra, 2003.
- García Monerris, Encarna y García Monerris, Carmen: *Las cosas del rey. Historia política de una desavenencia (1808-1874)*, Madrid, Akal, 2015.
- Giorgio, Michela, «La bonne catholique» en Geneviève Fraisse y Michelle Perrot (dirs.) *Histoire des femmes en Occident. IV. Le XIX siècle*, Paris, Perrin, 2002; 203-239.
- Gutiérrez, Rosa y Mira, Alicia, «Ser reinas en la España constitucional. Isabel II y María Victoria de Saboya: legitimación y deslegitimación simbólica de la monarquía nacional», *Historia y Política*, 31 (2014), 139-166.

- Gutiérrez, Rosa, «Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonra de España», en Emilio La Parra (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011; 221-282.
- Herrero, Ignacio, *Viajes oficiales por España de Isabel II*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1950.
- Hijano, Ángeles, «Protocolo y ritual en los bautizos de la monarquía española», *Librosdelacorte*, 6 (2013), 8-25.
- Hoyos, Antonio de, *El primer estado. Actuación de la aristocracia antes de la revolución, en la revolución y después de ella*, Madrid, Rh+, 2013 (e. o. 1931).
- Jiménez, José, *Atocha. Ensayos históricos*. Madrid, Est. Tipográfico de Juan López Camacho, 1891.
- Jurado, José et al., «Espacio urbano y propaganda política: las ceremonias públicas de la monarquía y nuestra señora de Atocha», en Santos Madrazo y Virgilio Pinto (eds.), *Madrid en la época moderna: espacio, sociedad y cultura*, Madrid, UAM, 1991; 219-263.
- La Parra, Emilio (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011.
- La Parra, Emilio, «La reina y la Iglesia», en Juan Sisinio Pérez (ed.), *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004; 197-212.
- Legoy, Corinne, *L'enthousiasme désenchanté. Éloge du pouvoir sous la Restauration*, Paris, Société des études robespierristes, 2010.
- Llorca, Carmen, *Isabel II y su tiempo*, Madrid, Itsmo, 1983.
- Louzao, Joseba, «Nación y catolicismo en la España contemporánea, Revisitando una interrelación histórica», *Ayer*, 90 (2013): 65-89.
- Luengo, Jorge, *Una sociedad conyugal. Las élites de Valladolid en el espejo de Magdeburgo en el siglo XIX*, Valencia, PUV, 2014.
- Mansel, Philippe, *Dressed to Rule. Royal and Court Costume from Louis XIV to Elizabeth II*, New Haven, Yale University Press, 2005.
- Margadant, Jo Burr, «Gender, Vice and the Political Imaginary in Postrevolutionary France: Reinterpreting the Failure of the July Monarchy, 1830-1848», *American Historical Review*, 104/5 (1999), 1461-1496.
- Mariás, Fernando, «La re/presentación del heredero: la imagen del Príncipe de Asturias en la España de los Austrias» en Heinz-Dieter Heimann et Ali. (eds.), *Ceremoniales, ritos, representación del poder*, Castellón, Universidad Jaume I, 2004; 109-141.
- Martí, Manuel y Romeo, M^a Cruz, «El juego de los espejos o la ambivalente relación del territorio y la nación», en Carlos Forcadell y M^a Cruz Romeo (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006; 51-72.
- Millán, Jesús y Romeo, M^a Cruz, «¿Por qué es importante la revolución liberal en España? Culturas políticas y ciudadanía en la historia española» en Mónica Burguera y Christopher Schmidt-Nowara (eds.), *Historias de España contemporánea. Cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008; 17-44.

- Mínguez, Raúl, «Las múltiples caras de la Inmaculada: religión, género y nación en su proclamación dogmática (1854)», *Ayer*, 96 (2014), 39-60.
- Miralles, Xavier Andreu, «Retrats de família (nacional): discursos de gènere i de nació en les cultures liberals espanyoles de la primera meitat del segle XIX (1808-1850)», *Recerques*, 58-59 (2009), 5-30.
- Müller, Frank y Mehrkens, Heidi (eds.): *Sons and Heirs. Succession and Political Culture in Nineteenth-Century Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2015.
- Prochaska, Frank, *Royal Bounty. The Making of a Welfare Monarchy*, Yale University Press, 1995.
- Rada, Juan de Dios de la, *Viaje de SS.MM. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia en el verano de 1858*, Madrid, Aguado, 1860.
- Ramos, M^a Dolores, «Isabel II y las mujeres isabelinas en el juego de poderes del liberalismo», en Juan Sisinio Pérez (ed.) *Isabel II. Los espejos de la reina*, Madrid, Marcial Pons, 2004; 141-156.
- Reyero, Carlos, *Monarquía y Romanticismo. El hechizo de la imagen regia, 1829-1873*, Madrid, Siglo XXI, 2015.
- Romeo, M^a Cruz, «Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria», en M^a Cruz Romeo y María Sierra (coords.), *La España Liberal, 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons/PUZ, 2014; 99-114.
- Romeo, M^a Cruz. «Destinos de mujer: esfera pública y políticos liberales», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. III. Del siglo XIX a los umbrales del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2008; 61-84.
- San Narciso, David, «Ceremonias de la monarquía isabelina. Un análisis desde la Historia Cultural», *Revista de Historiografía*, 21 (2014), 191-207.
- San Román, Juan, «La hacienda madrileña en el siglo XIX» en Luis Enrique Otero y Ángel Bahamonde (eds.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX. Vol. I*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1986; 515-525.
- Santirso, Manuel, *España en la Europa liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel, 2012.
- Sierra, María, «Identidades políticas: ciudadanos, vecinos y padres de familia» en María Sierra, M^a Antonia Peña y Rafael Zurita, *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010; 351-374.
- Thiesse, Anne Marie, *Ils apprenaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique*, Paris, Éditions de la maison des sciences de l'homme, 1997.
- Truesdell, Matthew, *Spectacular Politics. Louis-Napoleon Bonaparte and the Fête Imperiale, 1849-1870*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- Vilches, Jorge, *Isabel II. Imágenes de una reina*, Madrid, Síntesis, 2007.
- Yuval-Davies, Nira y Anthias, Floya (eds.), *Woman-Nation-State*, Londres, Macmillan, 1989.

Recibido: 17/06/2015

Aceptado: 17/05/2016